

JACINTO DEL

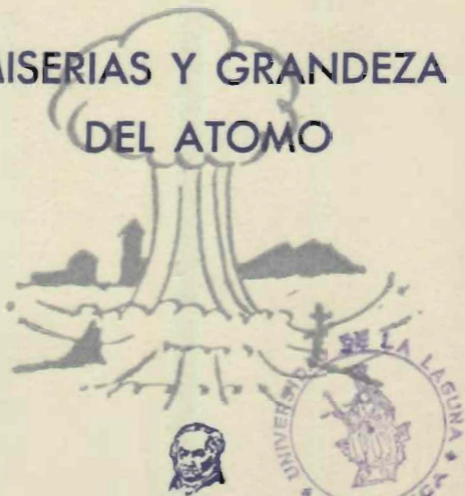
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

Caja 1

Foll. 34

MISERIAS Y GRANDEZA DEL ATOMO



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
CANARIAS

MISERIAS Y GRANDEZA
DEL ATOMO



86-3 (46.85) *su/leas*
JACINTO DEL ROSARIO

MISERIAS Y GRANDEZA DEL ATOMO

Caricatura y monos de
PACO MARTINEZ



GOYA EDICIONES
SANTA CRUZ DE TENERIFE
CANARIAS

SEGUNDA EDICION

300 ejemplares numerados

Ejemplar núm.

224

Es propiedad. Derechos reservados

GOYA ARTES GRAFICAS. - Doctor Allart 26-32

*Un libro pequeñito como
el átomo tiene un mundo
interior tan dilatado y
complejo que a todo nuestro
«mundo» no le es dado des-
entrañar el misterioso influ-
jo de sus posibilidades.*

JACINTO

Capítulo I

APARICIÓN

PARA comenzar este relato, es de absoluta necesidad presentarles a ustedes a Ella y a El. Esta singular pareja, atada por el indisoluble nudo matrimonial, es la base fundamental de esta tragedia. Era uno de esos matrimonios «vulgaris causa» de los de antes de la guerra. Ella, una muchacha sin importancia, sin rasgo alguno que determinara una acusada

personalidad, era, sin embargo, una hembra exuberante y plena. Le funcionaba perfectamente el corazón, el hígado y el estómago. Todo su organismo respondía metabólicamente, con envidiable sincronismo, al movimiento biológico tan necesario para mantenerse en pie en esta esférica y tambaleante balsa, que es el mundo. Esta pobre mujer era, en resumidas cuentas, una estupenda máquina en condiciones de dar al mundo, perfectamente manufacturado, material humano para superpoblar las selvas del Brasil.

El era un hombre corriente pero menos. Enclenque, paliducho, tímido e incapaz. Mas bien tirando a bajito. Daba la deprimente sensación de no estar terminado todavía... Y por si todas estas calamidades fuesen pocas, calzaba el 45 de zapato, lo que le daba el aspecto de un esquiador depauperado. Las posibilidades de poner en marcha aquella imponente máquina, para

alcanzar el máximo rendimiento, eran escasas, aparentemente.

A pesar de la gran diferencia física, entrambos llegaron a entenderse perfectamente, estableciendo, por instinto, un formidable equilibrio fisio-bioquímico. Era lo ideal para el clima en que ellos se desenvolvían. El soportaba decorosamente la superabundancia de Ella, y Ella, en cambio, sobrellevaba estoicamente la notoria escasez de su marido. En esta clase de coyundas, descansa la ascendente escala demográfica y la seguridad de que al mundo jamás le ha de faltar el elemento que ha de darle un disgusto cada minuto.

Pasaron varios años sin que el mandato divino: «Creced y multiplicaos», se llevara a la práctica en su segunda manifestación, y no por desidia ni falta de méritos contraídos —que nos consta que fueron éstos de una abundancia poco común— sino por los ocultos designios de la Natura-

leza, que se complace en jugarnos nua mala pasada de vez en vez. Cientos de cartas fueron depositadas en el picobuzón de la cigüeña, sin que ésta dijera ni pío. Así las cosas, vino una mañana. Una mañana con un gran parecido a todas las mañanas. Todo era maravilloso y, de pronto, Ella se sintió indispuesta después del desayuno, y como no se trataba de un libro prestado, lo devolvió inmediatamente. Sintió luego un enorme vacío, como si le faltara algo dentro de su ser. Hizo algunas rudimentarias deducciones, y resultó todo lo contrario...

Cuando vino el esposo, lo estrechó contra la opulencia de su seno. Le dijo unas palabras al oído, como si la habitación estuviese llena de invitados, y bajó los ojos ruborizada. El levantó los esqueléticos brazos cuanto pudo, y los puños de la camisa, de puro holgados, le rodaron hasta el cogote. Quiso lanzar un grito de alegría y de sus delgados labios sólo

salió un hilito de voz atiplada: «¡Por fiiiiiiiiinnn...!».

Olvidando por un momento su exigua condición de «peso mosca», quiso, como hacen todos los maridos en estos casos, llevarla en brazos a un sillón contiguo. Agarró a la robusta moza, en un alarde de valiente y regocijante esfuerzo, y la elevó, yacente, no más allá de la altura de su abdomen. Se le acordeonaron las piernas, y sus flácidas posaderas quedaron aplastadas contra el duro pavimento, bajo el peso de la hermosa mujer, que reía abiertamente, sin darse cuenta que todo aquello pudo dar al traste con el motivo de tanto regocijo.

Pasaron los obligados meses de caprichos, mimos y carantoñas. Un mes más tarde se abrieron de par las maravillosas puertas de la Naturaleza y un nuevo ser irrumpió en el escenario de la vida. Rota la cuerda que le unía, como un rosquete, a la gruta materna, dió un fuerte berrido de sa-

tisfacción, al verse libre. Supina ignorancia de este nuevo «número», puesto que, años más tarde, la experiencia le llevaría a la lamentable conclusión de que más le hubiera valido seguir enroscado en el estuche maternal, que soportar una vida llena de miserables consecuencias. El difícil rostro de la comadrona, ya de por sí debió escamarle mucho.

Soportó, a base de berridos de protesta, las inicuas zambullidas en el baño: ¡tan pequeñín! El escozor del jabón en los ojos, el irritante contacto del polvo de tabaco en el ombligo, el «enyesado» de la espina dorsal, a base de pañales y fajas de bayeta, los asfixiantes abrigo, gorros, guantes, calcetines de estambre azul y ¡la capa!, que sólo dejaba fuera, como expresión humana, sus grandes ojos negros. Año y medio más tarde, tras unos tambaleantes peninos, nuestro crío empezó a andar, ¡Cuánto habría de arrepentirse más tarde de no haber iniciado

con el pie izquierdo sus primeros pasos! Fatal imprevisión de padres ignorantes y zafios.

Nuestro héroe aguantó con admirable disciplina, las «paperas», tosferina, el sarampión, la escarlatina y, en fin, toda esa gama de compromisos que la infancia tiene contraídos con la ingente plaga patológica. Tras la bulliciosa edad del trompo y los boliches, se echó encima la antipática y severa época escolar. Icor, que así se llamaba nuestro hombrecillo, iba a ingresar en un colegio. Unos días antes, paseando una mañana —¡oh manes del destino!— se dió de manos a boca con un libro que, caído en el suelo, enseñaba por sus abiertas hojas todo el complicado garabateo de sus tablas numéricas. Recogió rápido el libraco, como impulsado por un soplo divino, y corrió a casa para enseñar a su padre el feliz hallazgo. A su progenitor, aunque no muy sobrado en talentos, no se le escapó que se trataba

de una Aritmética y así se lo hizo saber, como Dios le dió a entender, a su hijo. El muchacho miraba absorto aquel complicado tenderete de números, y en el brillo de sus ojos se notaba el placer que sentía ante la zarabanda de cincos, seises y cuatros que bailaban en su incipiente máquina de pensar. Su suerte estaba echada. Ya no se libraría de la fuerte y complicada cadena de los logaritmos.

En el colegio, el enfrentarse con cartillas —El «Catón» y «Juanito»—, era para el pobre Icor un suplicio chino, torturante y agotador. En cambio, el enrevesado e interminable sistema aritmético se lo saltaba como nada. Barajando los números con una asombrosa habilidad de consumado matemático. Todas sus células vivían y se desarrollaban respondiendo al complicado impulso de los números.

Un día, llegó a casa llorando amargamente:

—¿Qué te ocurre, hijo?—, inquirió el padre.

—El 4, papá, que me dió 6 bofetadas, y como yo no pude darle más que 2, pues ya se sabe, me resta 4.

—Todo sea por Dios—, contestó el buen hombre. Y volvió a preguntar:

—¿Y quién es ese cuatro?

—¡Toma!... El hijo del 101, que es muy bruto.

—Y... ese Ciento Uno, ¿quién es?

—El barbero, papá.

El padre apretó los labios y miró a su hijo con escepticismo, por encima de las gafas, sin pensar que todo aquello, aparentemente disparatado e incongruente, era, sin embargo, la maravillosa gestación del genio.

Todo estaba encasillado, en la mente de Icor, con su correspondiente número.

—Dame un tercio del 12, mamaíta...

Ya se sabía: ¡tres cucharadas de dulce de manzana!

Se negaba rotundamente a ir al

cine en cuanto no estaban numeradas las localidades. La cárcel, para él, era un verdadero paraíso, puesto que cada preso no responde a una formación gentílica, sino a la inquietante concreción de un número. Su afición a la música era por pura matemática y porque había un coro de niños a los que se conocía por «Los Seises».

Capítulo II

LA EXPLOSIÓN

TRANSCURRIERON varios años durante los que dejamos a nuestro héroe en lucha abierta y a cerebro partido contra la rebelde posición de los números. Lo volvemos a encontrar cuando cumplía los treinta y cinco años. Por esta época ya le había perdido el respeto a Einstein, saltándoselo con «relativa» facilidad. Había dejado en la cuneta a Morgan y

obligado a abandonar a Oppenheimer. Se necesitaban toneladas de logaritmos para llenar las insaciables fauces de aquel tigre de las matemáticas puras. Le atraía lo abstracto y, apoyado en la muleta de los sietes, caminaba seguro sobre el «ocho acostado».

Así las cosas, empezó el mundo a agitarse más de lo conveniente. Que si la vencida Alemania no podía pagar los derechos establecidos por los aliados como indemnización por la guerra anterior. Que si por quítame allá un Trieste cualquiera, que si patatín que si patatán, surge un tal Hitler, con bigote y peinado de pobre hombre —para despistar— dispuesto a ponerle el cascabel al leopardo. Allá por el día de Reyes, este gobernante regaló una ametralladora a cada uno de sus súbditos y empezó a gritar: «¡Yo no quiero la guerra, yo no quiero la guerra!». Como un eco, fué llenando el mundo la misma hipócrita frase. Chamberlain y Churchill, después de echar un vis-

tazo a la línea de flotación de su poderosa Escuadra, lanzaron a los cuatro vientos: «¡No queremos la guerra!...» Los gobernantes de la Francia, después de dar un repaso a la para ellos inexpugnable Línea Maginot, entonaron el mismo «slogan»: «No queremos la guerra». Mussolini, con un casco de acero (75) y encaramado en un gigantesco carro de combate, entonaba la misma tarantela: «¡Yo no quiero la guerra!», y decía, por bajines, a sus corifeos: «¡Guay del que se me oponga!». Claro, con la onda expansiva de tanto desafortunado grito, la ametralladora alemana se disparó, y la ingenua y blanca paloma de la paz, que acudía al falso llamamiento, fué alcanzada y abatida como en un tiro de pichón. El mundo entero, electrizado por el olor a chamusquina y por la hábil propaganda de las cancillerías, se enzarzó en una ensalada de tiros, que poco faltó para que no quedaran ni los rabos.

Una vez más en la historia de la

rapiña organizada, Alemania y Rusia, tirando del mapa de la desventurada Polonia, atraparon entre sus garras opresoras al sufrido país, dejando a los pobres polacos sin un miserable pedazo de Polonia que llevarse a sus labios.

En la recua de prisioneros útiles, iba Icor. Su fama había traspasado la frontera alemana. Se sabía de él que ansioso de encontrar la unidad absoluta, pues el número Uno no era más que un símbolo, iluminado por la clara linterna de su cerebro, como un espeleólogo, descendió a los tenebrosos abismos de las ciencias combinadas donde trabó estrecha amistad con átomos, protones y electrones. Los dirigentes alemanes le encerraron, a empujones, en una habitación. Se la llenaron de extraños artefactos; marmitas, libros y una montaña de papeles con desconcertantes cuadros sinópticos, y le ordenaron, en posición de firmes: «¡A trabajar! Y a descubrir en cuatro días una bomba de potencia tal

que nuestros enemigos, en un abrir y cerrar de ojos, resulten hechos fostatina y no quede uno para la reproducción». El pobre Icor, con resignación matemática, se caló las gruesas gafas de concha, y la emprendió con el núcleo, la dispersión del protoplasma y demás zarandajas físicas.

Al cabo de varias semanas, previo examen de conciencia, cayó en la cuenta de que Dios no lo había traído aquí con la misión de acabar con el mundo, sino para engrandecerlo, y se decía «in mente» con amargura: «¡Tantos años tratando de desentrañar el complicado enredo que envuelve el principio y fundamento de la materia, con la sana intención de construir algo útil a la humanidad, para acabar en esto!». Con conmovedor aticismo monologaba: «Es deprimente y desalentador que todo el extraordinario esfuerzo del hombre en pro del hombre, se vuelva en contra de sí mismo por un desequilibrio atávico y morbo-

so». Después de muchos siglos de una bien cacareada civilización, caemos en la cuenta de que todo esto sólo nos ha servido para volver a este ancestral y bíblico principio: ¡Caín y Abel! Era penoso y no cabía en aquel cerebro tan despierto —desde las tres de la mañana— que una sola virtud castrense: el derecho del más fuerte, fuese suficiente para que todas las demás virtudes de una verdadera civilización, cayeran aplastadas por la bota del militarismo, *construída con jirones de cuero arrancado de la atormentada epidermis de todos los pueblos.* «¡No, y mil veces no!». Se desalojó el magín, soltando el lastre de tres toneladas de guarismos, y lo llenó con la luminosa idea de la fuga.

No tardó en resolver la difícil situación con una clarividencia propia de su vasto intelecto. Con habilidosas argucias, logró ser trasladado al frente de Stalingrado, después de convencer a sus opresores de que aquella zona,

por su posición geográfica, clima, etc., y por la proximidad a un lugar donde su excepcional clarividencia le decía se iba a armar el joyín más grande de todos los tiempos, eran suficientes elementos para que su apocalíptica bomba hiciera su aparición. Con una ingenuidad puramente teutona, se atendió la razonada petición del sabio. Lo que ocurrió más tarde, es del dominio público.

Vino el desgraciado revés de Stalingrado; descalabro que debió llevar al vencido ejército alemán a sacar un blanco pañuelo, no para enjugarse una furtiva lágrima, ni para pedir la oreja, sino para una llamada de paz y concordia. Junto con los miles de prisioneros, cayó Icor, y allá se lo llevaron los rusos en la redada de hombres útiles. Su fama de matemático había traspasado —de dolor— la frontera. Se sabía de fidedigna fuente que para el gran sabio, el plutonio y el uranio no tenían secretos. Se sabía también que

en el luminoso fondo de su privilegiada mente, se escondían los cálculos exactos de media bomba atómica con la que media humanidad, en un abrir y cerrar de ojos, quedaría convertida en un verdadero «fiambre», sin que de ello pudiera aprovecharse la otra media, por estar éste contaminado por endiablada y mortífera radioactividad.

Llegada que fué la ilustre «cuerda» al corazón de Rusia, nuestro hombre fué encerrado en una gran sala, donde le esperaban cuatro altos y gruesos paletós grises, sobre cuyos cerrados cuellos, y colgando de las charoladas viseras de las gorras, lucían cuatro frondosos bigotes. La orden fué tajante, si no en posición de firme, sí en firme posición: «¡A trabajar! Queremos y exigimos que acabe usted de una vez esa dichosa bomba para que en sólo unos segundos no quede un *Reichstag* con cabeza, y ninguno de nuestros enemigos sirva para un remedio». Y como quien deja un presente,

le colocaron una pizarra, una bobina de papel de periódicos, seis cajas de tiza, y una botella de «vodka». Los cuatro paletós grises, llevándose por delante sus correspondientes bigotes, se alejaron cerrando la puerta tras de sí.

Anonadado, el ilustre miró los microscopios, las bombonas y alambiques y fijó su atención en la pizarra donde se proyectaba su sombra. La miró fijamente; la sombra comenzó a resquebrajarse, a disgregarse hasta llegar a su completa destrucción. Sintió un fuerte estampido en las meninges y se desplomó contra la bobina de papel que, impulsada por el choque, rodó vertiginosamente hasta estrellarse contra bombonas y alambiques de forma estrepitosa. Aquel pequeño caos era el rudimentario pero claro principio de una maravillosa teoría, y un enigmático presagio...

Se despertó gritando: «¡No, y mil veces no! ¡Yo nací para construir, no para destruir!». Se levantó tambalean-

te, recogió las gruesas gafas y las miró con desprecio. Calárselas, ¿para qué?; ya ni con ellas vería claro... Barrió algunas de sus celdillas cerebrales, despojándolas de varios millones de números y en ellas, por segunda vez, volvió a gestarse la feliz idea de la fuga. «Al zorro, con la astucia del zorro», se dijo. Rápidamente se ganó la confianza de los rusos, los convenció de que para culminar tan gigantesca obra faltaba un esencial elemento que sólo podría encontrarse en el Colorado o en las Montañas Rocosas, allá por tierras de América. La morbosa idea de poder destruir más tarde o más temprano a los desenfadados hijos del Tío Sam con una poderosa arma, construída a base de un elemento arrancado de las entrañas de su propia tierra, llevó a los rusos a no caer en la cuenta de que todo aquello sólo era una estratagema urdida por el eximio. Quince días más tarde, ya estaba el bueno de Icor sobre un camu-

flado avión y un paletó gris por cada lado provistos de su correspondientes bigotes. ¡Por si las moléculas!

Los americanos, que en cuestión de espionaje tampoco son mancos, no bien aterrizó el avión en el sitio previsto, hicieron irrumpir en escena a dos jóvenes oficiales cantando un «blues» y masticando chicles. Se apoderaron del sabio y sus dos acompañantes y metiéndoles un chicle por la boca, se subieron a un «jeep» y emprendieron la marcha hacia el centro urbano más próximo.

Todo esto ocurría a finales de mes, y como los oficiales americanos, en cuestiones crematísticas pasan por las mismas «horcas» que los oficiales de otra nación cualquiera, estaban un poco apuradillos de dinero. Esta circunstancia, aparentemente baladí, llevó a estos muchachos a cometer un gran felonía. Mientras uno de ellos llevaba a Icor a presencia de sus superiores, el otro empeñaba los paletós

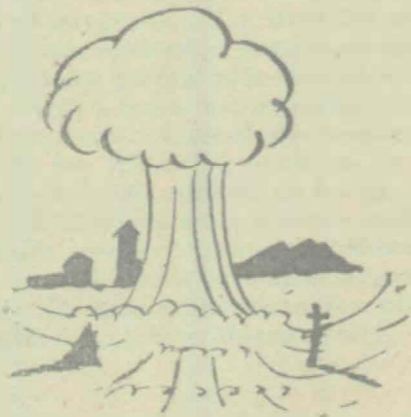
grises, en los que ya no estaban los bigotes... ¡Una verdadera afrenta para la opulenta América del Norte! Nuestro héroe, al verse rodeado de altos oficiales, que le sonreían a cuadrada mandíbula batiente, sacando de cuando en vez un hilito de goma que luego restituían al profundo gáznate, se sintió seguro y, animado por el aparente acogedor silencio, se atrevió a exponer solemnemente: «Señores, aquí me tenéis incondicionalmente a vuestra disposición para todo lo que redunde en beneficio de América, en principio, y, en definitiva, de la raza humana en general». Los americanos, después de un embarazoso silencio, en posición de encaramados en la mesa, le ordenaron, sin cambiar de actitud: «¡A trabajar! Su obligación es acabar de una vez esa bomba para que ella a su vez acabe con nuestros enemigos y que no quede en pie un bambú en que apoyarse, ni un biombo con que cubrirse». Acto seguido lo encerraron en un amplio

salón, le regalaron una caja de chicles, le dejaron encima de la mesa una botella de Coca-Cola y se alejaron sin abandonar la sonrisa «made in U. S. A.».

La sed ahogaba al portentoso. Al verse a solas, se quedó mirando la botella, que contenía un brebaje rojizo y oscuro, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lo echó al colete. El contenido, de un sabor acre con sedimentos de fregaduras de goma arábiga, lo llevó a un gesto de repugnancia, rozando el vómito. Le pasó rápidamente. ¡Manes de la química! Se sintió de pronto con unos deseos locos de masticar chicle, y puso manos a la obra. En el momento de echarlo a la boca, sin saber cómo, le salió esta exclamación: «¡Okay!» en un inglés desabrido y nasal. De un salto se encaramó en la mesa y se puso a silbar una canción monorrítmica. La americanísima bebida operó el milagro. La metamorfosis fué completa. Volvieron los

guarismos a marchas forzadas a ocupar su sitio en la atormentada mente de Icor, y rápidamente arremetió con el uranio y plutonio, y empezó a manipular con las moléculas y el núcleo y... ¡ya está!: «Que se lleven este artefacto a un Hiroshima cualquiera y lo dejen caer por allí como quien no quiere la cosa».

Ya saben ustedes lo que pasó. Todavía hoy las briznas y residuos de la bombita están fosfatinando japoneses, y hay quien afirma, y no sin razón, que hasta nosotros han llegado algunas partículas, habida cuenta que ya no hay fundamento ni en la naturaleza, pues no lleva cronológicamente los cambiantes atmosféricos de las cuatro estaciones establecidas desde tiempos remotos. Ya ni las venturosas primaveras ni los otoños grises aparecen a su debido tiempo, dejando a los pobres poetas sin material idóneo, agriando a su vez el carácter de la humanidad hasta el punto de perder su



equilibrio ético por el fatal influjo de la radioactividad.

Acabó por fin (aparentemente) la espeluznante trifulca mundial, con su espectacular carrera de armamentos, en la que unos quedaron ganadores, otros colocados y los demás, pendientes de fotografía... La fama del as de la energía nuclear, el portentoso sabio Icor Rhely, perforó todos los «telones de acero» y todas las murallas chinas del universo. «¡Llor al más imponente de los inventos, producto de la mente del más racional de los animales, en beneficio de la doliente humanidad!», vociferó el coro, entusiasmado hasta el delirio. ¡No cabe la menor duda, la humanidad tiene los polos cambiados...! (Esto último es mío).

Capítulo III

GÉNESIS

NUESTRO hombre hizo un severo examen de conciencia. Lloró amargamente arrepentido. Había claudicado de una manera vulgar y miserable. Se enjugó los miles de trillones de moléculas que le caían de los ojos, y tomó una drástica resolución. Jamás, en lo que le quedaba de vida, volvería a beber Coca-Cola, ni a masticar chicle. No tardó en sentirse

completamente desamericanizado. ¡Ya era libre otra vez! Ahora, con arrepentimiento cartujano, pondría toda su sabiduría, toda la maravillosa máquina de su cerebro, al servicio de la humanidad. Arrojó despectivo, por la borda de su parietal derecho, todo el lastre inútil de uranio, y el inmenso espacio de su cerebro fué ocupado por un enjambre de cromosomas, cromómeros y genes, en asombrosa actividad. La idea era de vértigo. ¡Ahí es nada!, recoger cuidadosamente las células, los núcleos y átomos humanos, manipular en ellos, de forma tal que fuera cosa de coser y cantar, la total transformación de la propia humanidad, actualmente en trance de perecer, atormentada por un maremágnum de desatinos y despistes que la llevan a un total desequilibrio en sus naturales posibilidades para la subsistencia colectiva.

 Cuando el omnisapiente Icor se zafó del rígido y militar mandato, ya en su libre albedrío, y en su plenitud

vital, pensó en apartarse de una sociedad que tantas pruebas de insensatez le había dado, llevándole, a él, tan amante de la humanidad, a cometer la abyecta felonía de inventar un diabólico artefacto que, más tarde o más temprano, nos llevaría a esta catastrófica conclusión: ¡El suicidio del mundo! Huía de las gentes temeroso de ser descubierto, despreciado y duramente castigado por el grave delito de lesa humanidad, puesto que él, y nadie más que él, era reo de la destrucción de tantos seres inocentes inmolados bajo la brutal y apocalíptica pata de la negra bestia de la guerra. «No me vale —se decía acongojado— la falaz disculpa de que fuí obligado a ello, puesto que ante el vicio de pedir, está la virtud de no dar». Tampoco se atrevía en su fuero interno a achacar a la Coca-Cola la culpabilidad de su terrorífico invento, puesto que un cerebro tan bien organizado como el suyo, no admitía tan infantil puerilidad. «¡No,

no puedo escapar al castigo!», exclamaba con una tremenda voz de sabio, pero rota por los sollozos de un dramatismo desconsolador.

Trataría con todos los medios a su alcance, de «desfacer el entuerto». Trabajaría día y noche, sin descanso, para sacar a la humanidad de tanto desatino. Estaba completamente decidido.

Estableció su cuartel general en una nación puramente neutral y por ende confiada y feliz. Queremos decir con ello, que la psicosis de guerra, que es la nota dominante de todos los países, que no acaban de salir de una para meterse en otra; en éste, elegido por el omnímodo, no hubo necesidad de eliminar el vicio, puesto que allí jamás existió tan deplorable inclinación bélica. Buscó un bello y apartado rincón y, después de acumular los elementos necesarios y todo el material a propósito para tan gigantesca empresa, se encerró en una espaciosa habitación,

y en posición correcta, se encaró consigo mismo, y se ordenó autoritario: «¡A trabajar!». ¡Qué distinto el mandato, qué diferencia a cuando la orden dimanaba de los demás, envuelta en un odio feroz a sus semejantes!

En estas amargas reflexiones se encontraba el inmenso, cuando tocaron a la puerta. Un poco sorprendido salió él mismo a abrir. En el umbral aparecieron dos señores, al parecer respetables, calzando sendos chaqués y relucientes chisteras. Un poco temeroso, hízolos pasar: «Ustedes dirán en qué puedo servirles», inquirió anhelante. Y los dos fantasmas, al unísono: «¿Se trata del eminente profesor Icor Rhely?». «El mismo», contestó el eximio encogiendo el brazo y elevándolo para cubrirse el rostro con el ángulo del codo, para evitar un posible testarazo. «¡Cuánto honor!», entonaron a dúo las dos chimeneas, y abalanzándose sobre el pobre hombre, mientras decían, siempre los dos al mismo tiem-

po como una cantinela: «Somos los dos dignos representantes del mundialmente conocido premio Nobel, caballero, y este año ha sido usted el glorioso elegido, en méritos a su extraordinario invento en beneficio de la doliente humanidad». Doblaron la cerviz, y sacaron de las brillantes chisteras unos fajos de billetes de banco; con un gesto de decidido desprendimiento, se los metieron en el bolsillo de su bata de trabajo. Un poco escamado, el extraordinario se atrevió a preguntar, con un hilito de voz: «¿Pero esto, qué es?». Contestando los dos prestidigitadores: «El pago de su bomba, caballero»; y se alejaron muy dignos, como dos hermanos siameses que fueran a poner una primera piedra.

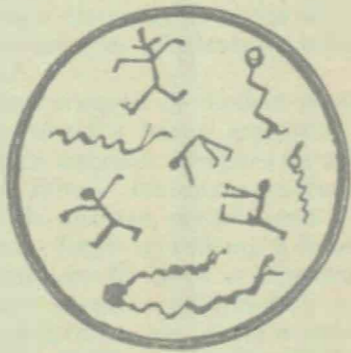
El asombroso los vió marchar en silencio, se llevó las manos a los ojos y se dejó caer en un sillón, anonadado y exclamando con gesto desabrido: «¡OOOOOHHHHH!». Decididamente el ser humano no tenía arreglo. Una

honrosa encomienda de categoría universal, y unos miles de libras esterlinas, eran el ejemplar castigo de un hombre convicto y confeso del más horrendo crimen de la historia. En su dilatado odre cerebral, no le cabía tamaña injusticia. No había duda, el que a sí mismo se hizo llamar pomposamente «Rey de la creación» estaba a punto de caer, por propia iniciativa, en el más abyecto bufón del reino animal. «¡Hay que salvar al hombre a todo trance!», exclamó dogmático.

El laureado cogió del brazo la teoría de Morgan, agarró por las alas a su *Drapphila melanegaster* (la mosca del vino o barriga negra), la abrió en canal y le extrajo los ocho cromosomas de que está compuesto el feo animalejo. Manipuló sobre los dos más largos, únicos sensibles al ojo del hombre, apoyado en el cristal de aumento, y descubrió toda su composición orgánica. En este punto, ya comenzó a ser útil a la humanidad, por accidente.

Guiado por la teoría del bio-químico alemán Fuscher, extrajo y combinó los sedimentos filamentosos de los cuarenta y ocho cromosomas de que está compuesto el hombre, separó los derivados, los inquietantes y gelatinosos cromómeros y... ¡ya está! Con la misma sencillez que vinieron al mundo los grandes inventos, surgió éste, no menos portentoso: ¡Las medias de nylon! Todas las damas del universo temblaron de emoción y agradecimiento.

Como lo abstracto lo atraía irresistiblemente, se hundió en el núcleo, desentrañando la complicada vida celular. Partiendo de la base que ha establecido el hombre a través de las matemáticas puras, con positivos y abstractos argumentos, llegamos a la asombrosa conclusión de que si tomamos un dedal de un centímetro cúbico (pongo de recipiente este útil y poco científico artefacto, por tratarse de una pieza fundamental para mí, en un quehacer que me ocupa las horas que



me deja libres la literatura), lleno de aire, que a su vez contiene la irrisoria cantidad de ventisiete trillones de moléculas, y ponemos a un científico lógicamente diestro en estas disciplinas, a sacar cada minuto una molécula, tardaríamos en llegar a la última, la menguada distancia de varios miles de millones de años. ¡En buena nos hemos metido!

Aun a trueque de acabar esquizofrénico, nuestro héroe arremetió con redoblado empeño. Después de saltarse —sin falta— los insuperables obstáculos de núcleos, cromosomas y cromómeros, llegó triunfante a la meta. El entusiasmo lo llevó a cometer un infamante plagio: «¡¡Eureka!!», exclamó el sabihondo, sin darse cuenta de que dicha frase era usada. Perdonémosle esta falta de originalidad en aras de su nuevo descubrimiento. ¡Había llegado al gene! Este microscópico «individuo» infrahumano, como se dice ahora, tiene a su

cargo, dicho de empírica manera, la importantísima tarea de mantener en los seres su verdadera esencia hereditaria y de continuidad. En este, para nosotros legos, imperceptible elemento, radicaba el epicentro de su teoría y el ángulo exacto de donde partiría la razón de su experimento. Esta pequeñísima partícula, rebelde al principio, fué más tarde entrando en confianza con el portentoso, y como ocurre siempre en estos casos, terminó contándole toda su historia, sin omitir su «baja» procedencia. Este simpático miembro familiar, aparentemente insignificante, sería por tanto su más eficaz colaborador. La idea, así de pronto y sin avisar, parecía sencilla y sin importancia, pero, no yendo muy de prisa, tenía sin embargo unos puntos oscuros, tirando a negros, para echarse a temblar. ¡Ahí es nada! Recoger los genes de todos nuestros ilustres antepasados, encasillarlos, clasificarlos, limpiarlos de polvo hasta dejarlos

presentables, y en el momento «X», científicamente determinado, inocular a un cuerpo vivo unos cientos de genes de un cadáver cualquiera, y la metamorfosis no se haría esperar: El moleculado empezará a obrar, obedeciendo a impulsos ancestrales, no como era momentos antes, sino como era el antepasado a quien pertenecían los genes donados. No es posible obtener un tan brillante resultado, dentro de tan candorosa sencillez.

Capítulo IV

EL VENDEDOR DE GENES

CON el dinero rescatado al premio Nobel, nuestro hombre recorrió todo el mundo, sustrayendo aquí y allá un gran acopio de genes de los ilustres más diversos. Pasó por el país del arte, de donde zarpó, más tarde, con un cargamento maravilloso de genes pertenecientes a Garibaldi, Mussolini, los Borgia, Tiberio, Calígula, etc. De la histórica Francia reba-

ñó los genes de Marat, algunos de los Luises, María Antonieta, Guillottin, la doncella de Orleans, Napoleón y otros muchos. De la dilatada Rusia, arrasó con todo lo que había de Pedro, Catalina, Rasputín, Gorki, Tolstoy, Stalin... De Inglaterra, España, Alemania, y en fin, de todas las naciones que componen esta tan bien avenida comunidad mundial, y que se han repartido equitativamente el porcentaje de material ilustre que ha caído por este valle de lágrimas y suspiros. Con lo cual, esta lista se haría interminable. Con la última peseta, el laureado regresó a su casa con un fabuloso cargamento consistente en una cajita de cedro de doce por seis centímetros, dentro de la cual se hallaban rigurosamente clasificados unos diminutos recipientes conteniendo gran variedad de genes arrancados a destacados seres que, desde siglos, pertenecen a ese extraño y movedizo mundo que es el polvo, la nada...

«¡Hay que culminar la obra cuanto antes!». Era el imperativo dominante en nuestro sabio, pero... ¿y las subsistencias? He aquí el sarcasmo. Bien sabía que el trato con lo infinitesimal no lo inmunizaba contra la plaga más voraz de la humanidad: ¡el hambre! Bien es verdad que era poseedor de un tesoro incalculable. Bien es verdad que en el orden científico era millonario en genes, lo que le colocaba de golpe en la más alta jerarquía del mundo de las ciencias. Pero era matemático también, y en el orden económico estaba tan exhausto, que ello le colocaba en el más bajo nivel del trapero. Y este hombre, de un total y sincero desprendimiento, todo espiritualidad, cayó en la cuenta deplorable de que no tenía otra salida decorosa que ponerse a vender genes, como un vulgar comerciante, para poder subsistir. Corrió la voz entre sus amistades, se matriculó como agente comercial, y colocó este letrero en la puerta: «Gran

surtido en genes. Precios convencionales».

No tardó en aparecer un probable comprador. Era un marido fracasado que sólo tenía de tal su obligación de abonar todos los gastos de la casa. Era un caso vulgar y corriente; un matrimonio en el que el sexo débil era el dominante, y el sexo fuerte el aguantante. Ella se calzaba los pantalones obligando al pobre marido a ejecutar los quehaceres impropios de un machote que se estime. Puestos en contacto, profesor y víctima llegaron a un acuerdo. Por unos miles de pesetas, que no servirían sino para que un extraordinario intelectual tuviera un pedazo de pan que llevarse al intelecto, iba un desdichado a ser feliz toda la vida. El trato fué llevado a efecto. El atropellado marido, previo el pago, se llevó varios genes de Napoleón, para con ello alcanzar un grado de energía que le llevara, metiéndose la mano derecha entre la camisa y el pecho, y la

otra a la espalda, a ver a su mujer como una Josefina cualquiera, escoba en ristre, por primera vez en la vida. Para su mujer, por si a él le fallaba, le regaló varios genes de Margarita Gautier, con lo que se lograría establecer un equilibrio en aquel hogar en que la ingenua paloma de la paz iba pareja con la del mundo. Con todo sigilo se llevó a cabo la delicada y trascendental operación.

¡Cuánta ansiedad por conocer el resultado! De él dependía que la humanidad entera se corrigiera, salvándose, o que siguiera por la trágica vertiente hasta caer definitivamente en el descrédito y la vergüenza más espantosa.

Pasaron cinco días, ¡que fueron cinco siglos! Por fin se hizo la luz. El resultado fué fatal, y el profesor quedó contrito y consternado. En el marido cobaya se operó la metamorfosis, pero ¡qué metamorfosis! Si antes se echaba a temblar con sólo oír respirar al ele-

fante de su mujer, ahora el miedo a aquella fiera era de campeonato. Y no fué eso lo peor, pues si antes fregaba los platos y barría la casa un poco a regañadientes, ahora ni esperaba siquiera que se lo mandasen, sino que estaba muy atento a todas las labores impropias de su sexo. Y caso extraño, todo lo ejecutaba con verdadero placer. Se le caía la baba cuando hacía las camas, y la emprendía, cuando trabajaba, con arias de tiple ligera, gozando un horror cuando la robusta mujer le sentaba la mano a la altura de uno de los parietales por quítame allá un plato mal fregado. Su mujer, que con los genes se agravó en grado superlativo, ahora montaba en cólera (era de caballería) por lo más baladí. Le salió una voz de bajo profundo que metía miedo, y le empezó a brotar un bigote que ni fu ni fa. Queremos decir con ello, que era un bigote entre Hitler y Dalí, pero bigote al fin.

El pobre Icor estaba desolado ante

la magnitud del fracaso. Volvió a insistir, sin embargo. Esta vez le tocó a un pobre muchacho, espíritu místico, de una tan extremada delicadeza y de tristeza tanta, que arrastraba un cuerpo enclenque y esmirriado, donde encontraron presa fácil la desgana y el aburrimiento. Ante el dinamismo y la energía desplegada por el hombre actual, chocaba aquella piltrafa humana marchando a la deriva. Como caso urgente y desesperado, le fueron administrados unos genes pertenecientes a un tal Nerón. Por muy lerdo que sea el lector en historia del Imperio Romano, no se le esconde que este desconcertante antepasado, tan sobrado de energía como falto de escrúpulos, en una memorable noche empleó toda su «energía» en alumbrar Roma, con la poética y angelical idea de una destrucción renovadora, de la que por aquel entonces era la capital del mundo. Los genes de este voluntarioso ciudadano de épocas remotas, entra-

ron de mal humor en aquella especie de anguila que era la nueva cobaya experimental. Poco tiempo bastó para que aparecieran los primeros síntomas de la transformación. Lo que antes no iba mas allá de espárrago triguero, empezó a hincharse de forma alarmante, se le rizó el cabello, se le atipló la voz y le dió por imitar a Luis Mariano en todas sus facetas y por si no le bastaba con todas estas desdichas, sentía una gran pasión por el color violeta pálido... Los síntomas eran como para echarse a llorar. La única analogía encontrada entre sus nuevas costumbres y las de su generizador, es que el muchacho, de por sí abúlico antes, era ahora dinámico y con una irrefrenable afición al fútbol. Bien es sabido, que el desconcertante emperador romano, gustaba de tratar a todo el mundo a la patada...

Otro resultado adverso, capaz de dar al traste con un hombre que no fuera el gran Icor Rhely. Volvió a la

carga, a pesar de todo. Tenía fe en sí mismo. Polarizó un nuevo intento.

Por aquel entonces actuaba de gobernador un hombre déspota chapado a la antigua, reaccionario y retrógrado en grado sumo. Su desaforado caciquismo, de los de antes de la guerra, lo llevó —aunque allí no existía— al divorcio con su pueblo. Como el traslado de tan funesto elemento se hizo imposible por los imponderables de la política al uso, que se hacen verdaderamente insoslayables, el pueblo, en sus justos derechos ciudadanos, organizó una conspiración en toda regla, para reducir, sin violencias al contumaz gobernador. A alguien se le ocurrió la feliz idea de acudir al sabio profesor en busca de una salida airosa en una solución biológica. Y allá se encaminó una comisión de vecinos, nombrada al efecto. Encarándose con el portentoso, le rogaron les ayudara, disponiendo de algunos genes de un antepasado «ad hoc», y que por un

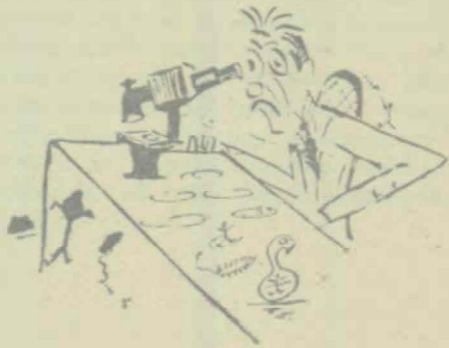
procedimiento que él mejor que nadie sabría emplear, sin que el indeseable se percibiera de ello, metérselos en el cuerpo y lograr de esta forma que aquel cerebro desorganizado se encarrilara hacia el derecho y la razón. Estos genes serían pagados por suscripción popular, haciendo efectiva la mitad de lo estipulado, ante la entrega de los mismos, y la otra mitad, después de un resultado positivo. Esto tras un forcejeo para fijar la cantidad, que hizo enrojecer de vergüenza al imponente, puesto que no era elegante verse, un hombre de su talla, envuelto en unos menesteres propios de un intrigante y bajo mercader. Después de cerrado el trato se puso afanosamente a barajar recipientes y... ¡ya está! Dijo entusiasmado: «Es lo mejor que tengo para este caso concreto. Voy a emplear, por primera vez, la fórmula que denominaremos «Bi-genes». Los vecinos, al oír esto, se miraron unos a otros como buscando un intérprete. «Tra-

duzco —dijo maquiavélico el inconmensurable—. Unos cuantos genes del sociólogo Marx y otros pocos del tratadista Engels serán suficientes para que el descarriado gobernante quede a tono con los deseos ciudadanos». Los honestos vecinos, tan enterados como antes, se alejaron con la duda en el rostro.

Unos días más tarde, empleando un nuevo procedimiento, arribaron felizmente al cuerpo del gobernador, los genes de aquellos dos genios del socialismo integral. La expectación era enorme. El pueblo entero esperaba anhelante el mágico resultado. ¡Cor estaba intranquilo, sabía que en ello se jugaba dos cosas transcendentales: O a la alta gloria, o al sótano del descrédito. O a dar o a pedir limosna. ¿Triunfaría el hombre sobre la materia, apoyado en las ciencias combinadas? ¡Sí, sí! El «generizado» gobernante, lejos de amainar en sus tropelías, arreció, por el contrario, en sus atropellos.

Obligó al obrero a trabajar de sol a sol; hizo retroceder veinte años el avance social establecido, mandó cerrar todas las escuelas, porque, según su clara visión política, esos centros eran un vivero de intelectuales que más tarde o más temprano serían funestos para la sociedad. Y por si todas estas humillaciones fuesen pocas, clausuró todas las tabernas. La única inocente, espiritual y honesta expansión del asalariado.

Ante el notorio fracaso la comisión de vecinos acudió indignada al domicilio del aturdido profesor, al que apostrofaron, obligándole a devolver lo poco que le quedaba de la primera entrega, para ludibrio del maestro. ¡Oh, la falaz, miserable ingratitud de la plebe! ¿Todo se había perdido? ¡No y mil veces no! Era su «slogan». A empezar de nuevo, pues. Había que exprimir hasta la última gota la extraordinaria toronja de su cerebro. En un último y desesperado esfuerzo, ha-



bía que atrapar a los dispersos, escurridizos y diminutos elementos, de los que momentos antes se creía dueño y señor, y a los que podía domeñar maneándolos a su albedrío, Pero estos aparentemente insignificantes «individuos», se rebelaban en silencio, dando al traste con treinta años de esclavitud científica, echando por tierra todo el omnímodo poder que el hombre, con irreverente vanidad, cree tener sobre la naturaleza. «¡No hay enemigo pequeño!», se repetía nuestro hombre metiéndose el tubo del microscopio por un ojo.

Capítulo V

DESINTEGRACIÓN DEL CÓCTEL

NO cabía dudarle, algo fallaba en el principal dispositivo de su genial teoría, algo estaba sin desentrañar. Algún elemento le había traicionado. Se imponía una ofensiva a fondo. Puso un cartel en la puerta que rezaba: «Cerrado por inventario». Y acto seguido se zambulló en el núcleo, dispuesto a desenmascarar a los traidores. Tras varios meses de quemarse las pocas cejas que

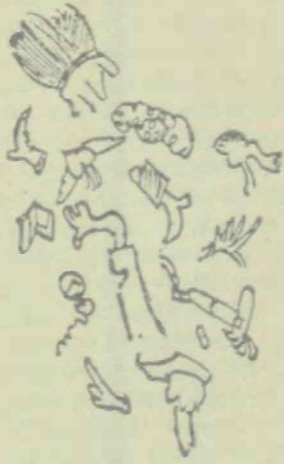
le quedaban, en aras de la ciencia, le pareció descubrir el motivo de tamaño desafuero, cometido por unos simples subordinados contra las para él inmutables leyes de la ciencia. Una madrugada, repasando la anteriormente expuesta teoría del dedal, encontró el hilo... El genes, en su constante evolución, sufre notables transformaciones químicas en el orden cronológico con relación al complejo humano. ¿Está claro? ¿No? Pues un poco más meridiano todavía: Un gene perteneciente a Newton, por ejemplo, que en vida de éste se manifestaba por su inclinación a la astronomía, llevó al sabio a desentrañar los misterios del cosmos, a pesar de la tenaz resistencia de otro gene que se inclinaba por el baloncesto, dominando así, lo que pudieramos llamar, con permiso de los premios Nobel: «El complejo de Newton». Este mismo gene, desaparecido va el célebre astrónomo del mundo de los vivos, vaga buscando la conjunción

copulativa con otro gene. ¿No sería posible que el primero de éstos, a medida que pasaba el tiempo, sufriera una gran transformación en su composición química, haciendo desaparecer su prístina formación, de una inclinación manifiesta hacia las estrellas? Este gene, al caer en el cuerpo de un ser actual y en un predominio jerárquico por antigüedad, sojuzgaría a sus nuevos compañeros de trabajo, transformando al individuo que quería ser astrónomo, en un vulgar cazador de mariposas, lo que podía ser una dimensión de las múltiples aficiones de Newton.

Estas y otras «claras» reflexiones se las hacía Ícor en su afán de llegar a lo infinito. El «leit motiv» de su lucración científica era éste: Uno o varios genes, agrupados en un organismo humano ya desaparecido hace mil años, al ser transportados en la actualidad a otro organismo vivo, ¿transmitirán a éste la influencia característica del ser anterior? O por su

transformación bio-químico-cronológica y en lucha con los genes antípodas, harán surgir un nuevo carácter en el vivo que no tenía aparentemente el fenecido, pero que existía en estado latente, acogotado por la resistencia o mayor influencia de otros genes? Cuanto más ahondaba en el nebuloso problema, más se inundaba su rebozante cacumen. Pocos rincones libres le quedaban en la masa gris para alojar tanta regla, tanto logaritmo, tanta idea abstracta y tanto bicho viviente. Estaba decidido, no volvería a poner en práctica su experimento con ningún ser extraño, puesto que sólo conseguiría con ello hacer más daño a la sociedad que tanto amaba. Pronto encontró una solución heroica. El mismo serviría de campo de experimentación.

Un día se sentía con ganas de ser intrigante, ladino y falaz; se atracaba de unos genes de Rasputín; y entonces, se sentía honesto, leal y honrado. Otro, en que acariciaba la idea de sentirse



héroe, arremetió con los de Agustina de Aragón. Acto seguido, le dió por hacerse la comida, arreglarse la cama, y se puso a zurcir calcetines, llorando amargamente sin saber por qué... Cuando se sentía desfallecer, se zampaba unos genes de Mussolini, y al poco rato, huía atemorizado ante un ratoncillo, y se asustaba todo con los inofensivos ruidos nocturnos... En una ocasion de crisis nerviosa, quiso encontrar la paz del espíritu y absorbió los del Presidente de la primera Sociedad Protectora de Animales, y entonces le dió por maltratar al perro, dar patadas al gato y acabar con todos sus animales de experimentación... Un día le dió por injertarse a Guillotin, y cayó desmayado ante una simple hojilla de afeitar... Otro día, en que se le aflojó el carácter, consumió unos genes de Catalina de Rusia, y al poco rato, sintió irresistibles deseos de ser una persona decente...

Después de casi agotar su buen

surtida despensa de genes universales, llegó a la triste conclusión de que estaba vencido, dando por seguro que nunca le ganaría la partida a la indomable naturaleza, que se vengaba así de su desmedida soberbia. Se sintió humillado, se veía del tamaño de un cromosoma que se revolcaba entre viscosas larvas que lo devoraban.

Resignadamente tomó una postrera resolución. Sereno, tranquilo como los grandes, cogió la cajita de cedro donde tranquilamente dormían los genes, completamente ajenos a la tragedia, hizo con ellos y unos cuantos protones y electrones, míseros restos de su época de esplendor, un cóctel y lo ingirió de un solo trago. Se asomó al ventanal, aspiró fuerte, como para atracarse de moléculas, miró al cielo, sin rencor, y se acostó sin desvestirse, quedando al parecer dormido.

La vieja criada se despertó asustada; un tremendo estampido salió de la habitación del profesor. Temerosa,

empujó la puerta, y ante la vista de la temblorosa mujer, apareció una densa humareda que despedía un fuerte olor a cementerio. Cuando la vieja se acostumbó a la semioscuridad buscó al profesor, sin encontrarlo por parte alguna. La bata blanca de trabajo de su señor yacía colgada y hecha jirones de la lámpara del techo. Una zapatilla, incrustada en el destrozado espejo. La ignorante mujer no acababa de darse cuenta de lo que había ocurrido. Sospechaba, sin embargo, que el sabio había muerto. ¿Cómo? ¿Dónde estaba el cadáver? Viviendo a dos pasos del más grande maestro en las enrevesadas disciplinas nuclear y biológica, no cayó en la cuenta de que el pobre Icor Rhely tuvo el final que por ley le correspondía. ¡Se había desintegrado! Nuevo Pigmalión, cayó víctima de su propio juego, aportando con ello a la historia el más trágico y original suicidio que haya conocido la mente humana.

Días más tarde, la pobre criada de Icor, testigo presencial de la descomunal tragedia, moría entre horribles espasmos de dolor, víctima de la más extraña y desconcertante radioactividad. Icor Rhely, como el Cid, ganaba después de su muerte una batalla contra la humanidad, a la que tanto amó.

ESTA SEGUNDA EDICIÓN
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA 4 DE ENERO DE 1955
EN LOS TALLERES DE
GOYA ARTES GRAFICAS
SANTA CRUZ DE TENERIFE